

JORGE SOSA. PROFESOR DE FILOSOFÍA EN LA UNIDAD 15 CONVENTOS. CERRO LARGO.

*POR UN HOMBRE MAS LIBRE. UN SENCILLO RELATO **PEDAGOGICO.***

- Buenos días. Soy profesor...
- Muy bien... ¿de qué materia?
- Filosofía...
- Bien, pase...

Se abre aquella puerta tejida y candadeada. Veinte metros más adelante un portón, está sin candado. Abrimos el pasador, pasamos y lo dejamos nuevamente enganchado. Cincuenta metros más adelante, la puerta principal. Pasamos. Saludamos y nos presentamos.

- Documento por favor.
- Si...
- ¿Profesor de...?
- Filosofía.
- ¿A qué alumnos le traemos?
- Según esta lista, a...

Pasamos otro pequeño portón, caminamos por un pasillo de quince metros y allí estaba el aula. Habrán pasado unos cinco o diez minutos de todo esto. Durante ese primer recorrido no dejamos de impresionarnos por aquellas primeras imágenes. Hombres jóvenes, maduros y "mayores", unos con azadas en la mano, otro con una carretilla, otros limpiando bolsas, otros en el patio de entrada, otros en los pasillos, otros en la cocina, algunos ya instalados en el aula con otro profesor... Aquel olor a campo, ya mezclado por los olores de la cocina, los pisos y las paredes, las voces de los protagonistas, el anuncio del operador llamando por nombre y apellido, los saludos, la rigidez del primer día, los latidos del corazón, la expectativa cargada de todos aquellos juicios previos con los que íbamos...

Han pasado ya tres años. Muchas horas de clase dictadas. Muchas historias de vida narradas, muchos mapas conceptuales, reflexiones críticas, relatos pedagógicos... Varios de nuestros alumnos ya han salido en libertad. Otros siguen año a año, siguen en el liceo. Todas aquellas puertas, portones, pasillos, saludos, firmas, etc. las seguimos repitiendo cada vez que llegamos y nos vamos de la unidad. El recuerdo de aquella primera experiencia parece quedar lejano.

Cada vez que el profesor vuelve de la unidad, vuelve a la ciudad, a su barrio, a su casa, a su entorno de privacidad y libertad. Nuestros alumnos se quedan allí, allí es su casa, su nueva sociedad, su intimidad. Toda su rutina carcelaria recortada por las horas de clase. El liceo llegó allí para quedarse. Muchos de los alumnos tuvieron que desempolvar sus constancias de primaria, el ciclo básico o bachillerato. Muchos tuvieron que volver a ensayar la lectura y la escritura. La mayoría fue allí para redimir pena. "El liceo me hará ir antes de acá", "con el liceo puedo irme antes a mi casa", "el liceo me hará recobrar antes la libertad", "el liceo me hará pasar el tiempo más rápido", "el liceo me hace tener la cabeza ocupada"...

Cuestión difícil de explicar es decir que el liceo es mucho más que eso. El liceo ha llegado para abrir las puertas al conocimiento. No sólo al conocimiento de las cosas que en el mundo se supone que hay que saber, sino sobre el conocimiento de la persona misma. El liceo llegó para que el alumno se conozca a sí mismo. Para que piense, reflexione, medite, sienta, trace planes, crea en los ideales, imagine mundos posibles... El liceo es libertad.

Es libertad si se le puede llevar a otros la idea de pensarse a sí mismo como alguien, como alguien mejor, como alguien real, como alguien que se es y cómo alguien que no se es. Es la libertad que se puede hacer poner los pies en la tierra, el corazón en lo que amas y espíritu en lo que mejor te conviene. Un hombre libre no es aquel que no ha conocido las rejas o no le han castigado por algún delito. El hombre libre es aquel que se hace responsable de sus actos pasados, presentes y futuros. El hombre libre que pretendemos es aquel que incluso está detrás de unos barrotes. Es aquel que se alegra por volver a escribir y leer, que se asombra por todo lo que se estaba perdiendo, que se supera cada día. Que hasta para

asombro de él mismo ya puede moldear su carácter, mantener una conversación civilizada, un diálogo de respeto y urdir en su mente algún proyecto provechoso y posible.

El profesor vuelve a su casa. Vuelve a su casa sabiendo que ha cumplido unas horas más que se verán reflejadas en el sueldo. Deja algunos kilómetros atrás para volver a la semana siguiente. Vuelve algo más "aliviado" después de haber dejado atrás todas aquellas puertas, portones, candados, rejas, tejidos y caras sin libertad.

Pero no puede volverse a casa habiendo aceptado que la dificultad pudo más que el nuevo conocimiento, ni habiendo dejado sin argüir en contra de que es lo mismo estar libre que estar preso. Tampoco habiendo dejado sin contestar alguna inquietud, o subestimado a la persona humana. No puede volverse creyendo que todo ya está jugado y que cada uno con su cruz. No puede volverse pensando que no sabe qué hace allí (para eso que no venga más). No puede volverse creyendo que la miseria, la maldad, el crimen, el horror y el odio puedan más que el conocimiento, el amor, la paciencia y el liceo. El liceo llegó para quedarse. Pero para quedarse creyendo en lo que al hombre lo hace libre. El liceo es el puente que une a los condenados a ser libres.

El liceo puede hacer que el alumno sea aquel privado de libertad que se vaya antes a su casa, cierto. Pero antes llegará a su casa siendo otro. Ya no podrá ser el mismo. El liceo ha pasado por él.